**Prólogo**

**1**

***Semana 1. Jueves.***

David, 23 años, de estatura alta y algo delgado. Tono de piel blanco, pelo negro y corto, cara redonda, ojos verdes y con una pequeña barba de una semana. Procedencia de Madrid y era un típico estudiante universitario que estaba volviendo a su casa después de unas cantas horas de clase.

Ya se encontraba en su barrio y tan solo tenía que girar la siguiente calle a la izquierda para poder llegar a su portal.

Una vez dentro, subió en el ascensor hasta llegar a su planta, la segunda. Y ya solo tendría que abrir la puerta para poder entrar en su casa y así descansar al fin. Pero se llevó una sorpresa al adentrarse al salón, estaba su padre sentando al lado de la mesa.

– ¿Papa? ¿Qué haces aquí? – Se extrañó David mientras tiraba la mochila al suelo –. ¿No deberías de estar en la oficina?

– Si, debería. Pero has recibido una carta que debería de explicarte con mucho detalle – dijo su padre seriamente y con la mirada fija en su hijo.

– ¿Qué carta? – Preguntó David algo incomodo por aquella mirada de su padre.

– Esta – su padre la recogió de la mesa y se la ofreció.

David, que dudó por un segundo, la cogió y antes de abrirla la echó un vistazo. Estaba claro que era para él, ya que en la parte delantera estaba escrito a mano y con tinta negra su nombre completo y su dirección. Sintió curiosidad por saber quien le mandaba eso, ya que en la actualidad, los datos de envío se escriben por ordenador, así que giró la carta y justo en el reverso ponía el origen.

– Escuela de magia de Lesam – susurró David –. ¡Ja! ¿Esto es una broma, no? Ni la voy a abrir – dirigió su mirada a su padre y observó como seguía igual que antes, así que para no enfadarle, la abrió y sacó los dos papeles que había. Una precia un billete de autobús y el otro una carta. Así que cogió ésta última y la empezó a leer –. Estimado David. Le comunicamos que ha sido seleccionado para estudiar los próximos tres años en nuestra escuela. Para empezar con el procedimiento, mañana, 30 de Octubre de 2019, se hará una pequeña presentación para los del primer curso. Para poder asistir, deberán de viajar a su destino con el billete que le hemos adjuntado. Gracias por su atención. Firmado, el director de la escuela. Robin Stalinski.

David se iba a empezar a reír por tal aberración, pero no pudo hacerlo, ya que la carta empezó a arder por si sola como por arte de magia. Así que antes de que el fuego pudiese llegar a las yemas de sus dedos, tiró la carta encima de la mesa y observó como lo poco que quedaba de ella se convertía en ceniza.

– ¿Es una cámara oculta, verdad? – Preguntó a su padre con los ojos muy abiertos, pero vio como él seguía de serio que hace un par de minutos –. ¿Eres mago? – se le ocurrió preguntar ante tanta locura.

– No, por supuesto que no – su padre negó con la cabeza.

– Entonces estarás conmigo en que esto es alguna broma que ha preparado alguien, ¿verdad? – Insistió David.

– No es una broma, David – le corrigió su padre –. Esa carta es verdad, eres un mago porque tu madre también lo fue.

– ¿Qué? – Fue lo único que se le ocurrió decir a David.

– Tu madre fue una de las mejores magas de la historia. Tenía mucha reputación encima por todo lo que hizo. Pero claro, eso le llevó a tener que enfrentarse a los peores enemigos y criminales que había. Así fue como… – su padre dejó la frase en el aire.

– ¿Cómo qué? – Exigió David.

– Así fue como tu madre murió, David – pausó –. Le mató un mago, no un accidente de tráfico.

– ¿Estás de broma? – David no sabía cómo tomarse eso, si enfadándose y gritarle o tranquilizarse y pensarlo todo con cabeza –. ¿Murió el asesino? – Fue lo único que quiso saber David.

– Si – asintió él –. Murieron ambos a la vez…

– ¿Por qué no me lo contase antes? – Se mosqueó.

– ¿Cómo iba hacerlo? ¡Eras un crio cuando todo ocurrió! ¿Qué te hubiese dicho? Que tu madre fue asesinada por un despiadado y loco mago. A saber cómo reaccionarias…

– ¿Y por qué no me lo dijiste cuando ya era más mayor?

– Tenía intención, pero iban pasando los años y nunca recibiste la carta. Así que pensé que nunca llegarías a ser mago, pero me he equivocado…

– ¿Por qué no iba a poder ser mago? – Preguntó David algo sorprendido.

– No lo sé, ¿vale? Ya te he dicho que no pensaba que te iban a enviar la carta tan tarde, pero debe ser que la edad no les importa… – se lamentó.

– ¿La edad?

– Si – asintió su padre –. Pensaba que te enviaban la propuesta cuando tendrías 16 o 18 años. Pero debe ser que lo envían cuando la persona está preparada.

– ¿A qué te refieres con eso?

– No lo sé. No es más que tú. Ya que tu madre mantenía muy bien en secreto todo lo relacionado con la magia…

– ¿No te contaba nada? – Le pilló aquello por sorpresa a David.

– Lo tenían prohibido – le contestó –. Es cierto que de vez en cuando soltaba algo relacionado con ello, pero eran grases muy escuetas y que no tenían razón alguna para mi…

– ¿Y mama no tenía amigos magos o algo parecido? – Curioseó David.

– ¡Por supuesto que tenía! Pasaba más tiempo con ellos que conmigo… – Suspiró –. Pero por seguridad nunca los trajo a casa. Así que nunca he conocido a ningún otro mago que fuese tu madre. Y por ese motivo apenas se cuatro cosas sobre la magia. Lo siento, hijo.

– ¿Y cuándo te enteraste de que mama era maga? – David siguió con el largo interrogatorio.

– Te vas a sorprender – pausó –. Pero me lo contó cuando quedó embarazada de ti.

– ¿Te lo mantuvo en secreto durante tanto tiempo?

Su padre tan solo asintió con una mirada larga y triste.

– ¿Ósea qué voy a hacer magia cómo Harry Potter?

– Si, pero no. Ósea, harás magia. Pero no esos hechizos de fantasía.

– ¿Entonces qué magia voy a hacer? – A David no le cuadraba eso.

– Harás magia cobre elementos, es decir, fuego, agua, tierra, planta, aire, electricidad y metal.

– ¿Voy a estar tres años aprendiendo a hacer eso? ¿En dónde está la magia de fantasía que cualquier persona se imaginaria? – Refunfuñó David.

– Siento decepcionarte hijo, pero si. Estarás estudiando eso durante bastante tiempo. Quizás en el último año puedas hacer algo distinto, por eso se le llama el curso del descubrimiento.

– ¿Curso del descubrimiento?

– Si – asintió –. En teoría en tercero es cuando más fuertes os hacéis y será cuando el alumno muestre su poder secreto. Si es que tiene, ojo – le advirtió su padre.

– ¿Poder secreto? ¿A qué te refieres?

– Si. Sanación, telequinesis, transformación, viaje en el tiempo, superfuerza, cambia formas y un largo etcétera.

– ¿Podré hacer algo de eso? – David se quedó exhausto –. ¡Qué pasada!

– Solo lo podrás hacer si tiene algo especial en tu interior. O eso me dijo tu madre, ya no me acuerdo…

– ¿Mama tenía algún poder especial? – Curioseó David.

– Nunca habló del tema, pero me parece que tenía telequinesis…

– ¿Y de qué sirve ser mago hoy en día?

– La comunidad mágica en muy grande David, Y podrás dedicarte a cualquier cosa. Todo dependerá de tu poder secreto…

– ¿Y qué oficios hay?

– De todo, Puedes ser botánico, cuidador de animales, sanador, herrero mágico, terrario, etc.

– ¿Y a qué se dedicaba mama?

– Ella se encontraba en el ministerio de defensa mágica. Uno de los trabajos más difíciles de conseguir.

– ¿También hay ministerios? – Se sorprendió David –. ¡Guau!

– Si, y muchos. Como en la vida real.

David tenía mil preguntas más, pero vio el billete de bus y sintió curiosidad sobre hacía dónde tenía que ir mañana. Así que lo cogió y le echó un vistazo.

– ¿La escuela está en Santiago de Compostela? – Aquello le pilló por sorpresa.

– No creo. Lo más probable es que teletransporte cuando estés de camino. Ya que la escuela está escondida en algún lugar del mundo.2

– ¿Te–teletransporte?

– Si. Es una de las cosas que os enseñan en tercero. Cuando ya estáis avanzados – pausó –. Oye, ¿por qué no descansas un poco y te preparas la ropa para mañana mientras que yo voy haciendo la cena, quieres? – Le propuso su padre.

– Vale – asintió David.

– ¡Ah! Lleva ropa formal, nada de sudadera ni vaqueros, ¿vale? Tienes que causar una buena impresión.

David se fue hacia su habitación mientras refunfuñaba cosas.

*A la mañana siguiente…*

David y su padre ya se encontraban en el interior de la caótica estación sur de autobuses. Es más, su autocar estaba en la dársena 15 y ya estaba permitiendo la entrada de pasajeros. Así que se dieron un fuerte abrazo a pesar de que le vería más tarde y se despidieron.

– Tranquilo, ¿cale? No te pasará nada. Y atiende a todo lo que te digan, ¿vale? – le aconsejó.

David tan solo asintió y se fue de cabeza hacia la puerta del autocar, le enseñó el billete al conductor y se subió al interior, dónde caería de lleno en su asiento con mínimas de fuerzas y con mucho sueño, ya que apenas pudo dormir algo en la noche por estar dándole vueltas al tema de la magia.

En cuanto el autocar se puso en marcha a los cinco minutos, David se despidió una vez más de su padre a través de la ventanillas, empezando asó su viaje.

Llevaban una hora de recorrido, habían pasado Arévalo y David empezó a adormilarse. Estaba nervioso sí, pero el cansancio le estaba matando, así que cerró los ojos con el fin de descansarlos y en cuanto los abrió de nuevo, ya no se encontraba en su asiento del autocar. Así que pegó un bote al sorprenderse y se puso de pie de sopetón, pudiendo analizar su alrededor. Estaba en un comedor, o eso pensaba él, ya que el suelo estrellado de baldosas rojas y negras, las luces leed en el techo y la treintena de mesas verdes de cuatro plazas, lo delataba perfectamente.

No estaba solo, había unos cuantos chicos y chicas de varias edades y de diferentes complexiones. También se dio cuenta de que era el único que se encontraba de pie, así que se volvió a sentar justo en dónde había aparecido, continuando su vistazo al sitio desde ahí. Pero poco pudo ver que ya no supusiera, tan solo se dio cuenta de que justo en cada extremo del comedor, había dos puertas blancas dobles.

Sin nada que analizar, David decidió echar un vistazo al resto de alumnos. Y tal y como se había dado cuenta, había de todo, altos, bajos, delgados, fuertes, rubios, morenos, etc. Pero no pudo verlos en detalles, ya que una chica apareció de la nada en el asiento de enfrente, llevando su vista inmediatamente hacia aquella persona.

– Hola – dijo la chica morena nada más aparecerse.

– Hola, ¿qué tal? – Continuó David algo nervioso.

Por suerte, para todos, la incertidumbre que sentían desapareció cuando una señora alta, mayor, con gafas redondas, pero blanco y recogido, y con un vestido morado, entró por la puerta norte y se quedó parada a un metro de la misma.

– Podéis pasar al salón de actos – dijo finalmente la señora mientras señalaba hacia la puerta por la que había entrado.

Y sin más dilación, todos se levantaron de golpe como si fuesen unos robots y se dirigieron hacia la puerta, formando un pequeño tapón debido al gran grupo de gente que era.

Mientras esperaba su turno para pasar, lo hizo una chica que David, y todo el mundo, conocían perfectamente. Emily Johnson, una famosa cantante y actriz americana que no tendría más años que él.

Al principio, David dudo de si era ella o no, pero por algún motivo, nada más cruzar la puerta se giró hacia ellos, pudieron confirmar su identidad. Tez morena, pelo largo, de color negro y muy bien cuidado, labios marcados y pintados de rojo pasión, ojos azules y algo achinados, pestañas arregladas y pintadas, una pequeña mancha debajo del moflete derecho, llevaba un vestido negro que no pasaba desapercibido debido al escote que llevaba, portaba unos tacones rojos y muy finos, y por último, un bolso gris que probablemente costaba una pasta.

Sin ninguna duda era ella. Pero no estaba sola, ya que el siguiente en pasar fue Robin Miller, un actor, también americano, que era famoso por trabajar en películas de comedia. Éste vestía bastante normal, camisa, vaqueros y unas deportivas, aunque todo el mundo se estaba fijando en lo fuerte y guapo que era, ya que esos ojos grises claros que tenía, habían conquistado la mirada de todas las chicas. Aunque hay que añadir, que el corte de pelo que llevaba y la tex que tenía, lo hacían más guapo aun.

Y gracias a Dios, toda esa expectación acabaría en cuanto Robin cruzase la puerta. Pero se equivocó al completo, ya que les acompañaba alguien más. Una chiza rubia, con trenzas, ojos verdes oscuros, tez blanca, labios carnosos y rosas, con bastante maquillaje encima, estatura mediana, camiseta blanca con purpurina por encima, falda rosa, sin medias y con unos tacones grandes y del mismo color que la falda.

– Vaya pija – escuchó David decir de alguien. Y en algo estaba de acuerdo con ello, pero no pudo hacer ni decir anda, ya que el tapón de gente se estaba desinflando y le tocaba su turno.

Así que cogió fuerzas y lo cruzo, llevándose una desilusión enorme al no ver nada fuera de lo habitual, ya que se encontraban en un largo pasillo que solo tenía lo de siempre, papeleras, carteles, unos asientos para esperar y muchas puertas que a saber qué era lo que aguardaban. Así que siguió a la fila de alumnos hasta que giraron hacia la izquierda en una de las puertas, entrando así en el salón de actos.

Era bastante grande y estaba bien iluminado, los asientos eran unas cómodas butacas rojas y las filas iban ganando altura y eran curvilíneas debido a que el escenario también lo era.

Por su parte, el escenario era de madera de roble y tan solo aguantaba el peso de una larga mesa que tenía una tela blanca encima que tapaba las patas y las piernas de las tres personas que habían sentadas.

Entonces, David se dio cuenta de que iba a formar un tapón si no se movía ya, así que eligió el bloque de asientos central y se metió en una fila en la que no había nadie. Recorriéndolo hasta que él creyó que estaba en la mitad, así que desplegó la butaca y se sentó, dándose cuenta nada más hacerlo, de que la chica que había aparecido antes delante de él, se había metido en la misma fila que la suya, y que además, se dirigía hacia su posición.

Fue en ese instante cuando David pudo describirla, ya que antes, con la interrupción de aquella señora en el comedor, no había podido. Era alta y delgada, pelo negro y con un moño, cara alargada, ojos azules oscuros tirando a negro, nariz perfilada, con una sonrisa en la boca, sin rastro de maquillaje, llevaba unas simples deportivas azules y vestía un jersey negro junto con un pantalón del mismo color.

– ¿Nervioso? – Le preguntó la chica nada más sentarse.

– Bueno, con incertidumbre más bien – respondió David –. ¿Quiénes son los que están en la mesa?

– ¡¿No los conoces?! – Se sorprendió la chica –. El del medio es el director.

David dirigió su mirada hacia allí y observó que aquel hombre le estaba mirando fijamente, causándole incomodidad. A parte de eso, pudo ver que era de raza negra, no tenía pelo, por lo que daba la sensación de que la cabeza era redonda, ojos negros, una nariz normal, rostro serio y vestía con un traje gris.

– El de la derecha es el profesor de tierra y será el tutor de una de las clases – continuó la chica.

David apartó la mirada del director para fijarse en el profesor. Tenía el rostro algo ovalado, nariz estrecha, ojos amarillos y fluorescentes, gafas rectangulares y azules, labios normarles, una pequeña barba bien arreglada, pelo negro y con ondas despeinadas y vestía con una camisa a cuadros.

– Parece una serpiente – dijo David por el color de los ojos.

– Así es como se le llama entre los alumnos – le comentó la chica –. El de la izquierda es el profesor Delamarte, imparte la asignatura de electricidad.

David dirigió su mirada hacia el otro profesor y lo primero en lo que se fijó fue en el pelo, rubio y en tupe. El resto era todo normal, ojos grises, una sonrisa entre los labios, nariz achatada, un lunar en el cuello y vestía con una sudadera amarillo.

– Y la que está subiendo el escenario – continuó la chica hablando –. Es la profesora Aris, imparte metal.

David giró su cabeza hacia el pasillo y se llevó una sorpresa al ver que se trataba de la señora que antes había entrado en el comedor.

– ¿De qué familia vienes para que no sepas quienes son los profesores? ¿No te lo contaron tus padres? – La chica indagó demasiado en aquella pregunta.

– Hasta el día de ayer no sabía que existía la magia… – Sentenció David a la vez que se callaba, ya que la profesora escuela a punto de hablar.

– Bienvenidos a todos y a todas a nuestra escuela de magia de Lesam – empezó Aris a hablar –. Como todos los años, seleccionamos a 45 personas de todo el mundo para poder estudiar con nosotros, siendo los elegidos los que estáis presentes en esta sala –. Pausó –. Por si alguno no lo sabe, me llamo Aris, profesora del centro. Y los que están sentados ahí, son mis compañeros de oficio y el director de la escuela – todos dirigieron sus miradas hacia la mesa como si fueran robots –. Como todo sabréis, las asignaturas que impartiremos durante estos tres años son: agua, fuego, tierra, planta, aire, electricidad, metal, la asignatura de vuestro poder en particular y como novedades, luz y sonido.

Fue enunciar aquellas dos últimas palabras y toda la sala estalló en una mezcla de entusiasmo y jubilo junto con intriga y sorpresa.

– ¡Silencio por favor! – Levantó la voz el director y al instante toda la sala quedó en silencio –. Las dos últimas asignaturas que ha dicho la profesora Aris se darán en segundo o tercero, aun lo estamos decidiendo, y serán meramente un ensayo para poder intentar impartirlas en el futuro. Así que guardaros ese entusiasmo para después y continuar escuchando a la señorita Aris.

– Gracias señor director. Continuo por dónde lo había dejado – pausó –. Todas esas asignaturas serán las que aprenderéis durante los siguientes tres duros años. En primero no es os exigirá mucho, solo lo básico. En segundo, se supone que ya sabéis de los elementos, así que pasaremos al siguiente nivel y exigiremos más, aprenderéis a defenderos con la magia y con un poco de suerte, fusionareis elementos. Por último, el tercer año es el más importante, aprenderéis a luchar con un elemento o varios a la vez, descubriréis vuestro poder secreto y os mandaremos a hacer misiones para que valléis cogiendo el ritmo. Y lo más importante, debéis de elegir en dónde vais a trabajar.

– Gracias Aris, ya continuo yo – dijo el profesor de tierra, o serpiente, según los alumnos, mientras se levantaba de la mesa –. En este primer año daréis agua, fuego, tierra, planta y electricidad. En segundo se añadirán metal y aire y no se sabe aun de si se impartirán las dos nuevas materias. Las clases tienen una duración de dos horas y se impartirán tres material, o dos, según el día de la semana – pausó –. Los viernes, normalmente se hace una actividad de convivencia entre los grupos de cada curso, que es de asistencia obligatoria – les advirtió –. Aunque mañana no lo haréis, ya que será vuestro primer día y tendréis un horario especial, teniendo la primera asignatura a las 10:30, ¿entendido? – pausó –. El horario de la semana lo tendréis en vuestras habitaciones mañana. Y ni nada más que decir, por favor Delamarte, anuncia los tres grupos que habrá y haz el reparto de las habitaciones.

– Si, gracias – Delamarte cogió unas hojas que tenía delante y se levantó de la mesa –. Sois 45, así que se os dividirá en tres clases de 15. Voy a empezar por el grupo de Aris – anunció –. Si escucháis vuestro nombre, levantaros e iros hacia es parte del salón – Delamarte señaló hacia su izquierda –. Comencemos.

Y a continuación, el profesor comenzó a decir nombres hasta haber pronunciado los quince. Por suerte, pensó David, no le habían llamado ni a él ni a la chica que tenía a su lado, pero también se fijó en que el grupo de famosos tampoco habían sido llamados, así que los nervios aumentaron hasta que el profesor Delamarte volvió a hablar.

– Ahora continuemos con el grupo de Adam –. Delamarte cambió la hoja – Nicole – fue el primer nombre que anunció, con la consecuencia de que la chica que tenia al lado de David se levantase, averiguando al fin su nombre –. Cedrick – continuó Delamarte pronunciando nombres hasta que le sonó uno –. Emily – todos la miraron y vieron como se cambiaba de sitio, pero el cotilleó no acabo ahí, ya que pudieron averiguar el nombre de la chica pija que estaba con ella –. Alessia – anunció el profesor. Pero la cosa no acaba ahí, ya que si por si alguno lo dudaba de allí, anunciaron el que faltaba de aquel grupo –. Robin – todos se fijaron en él, perdiéndole la atención hasta que el profesor continuó diciendo los nombres hasta que llegó al último –. Y por último, David.

Cuando anunciaron su nombre, David se sintió aliviado, ya que iba a estar en la clase en la al menos hablaría con alguien, aunque también estaba nervioso, ya que iba a tener de compañeros a Emily y a Robin, así que se levantó de la butaca bajo la mirada de todos, y se dirigió con sus compañeros, sentándose al lado de Nicole y a la vez que le dedicaba una sonrisa.

– El resto de personas que no os haya llamado, por favor, poneros en el medio, seréis mi clase – sentenció Delamarte.

Tres chicos que estaban en el lado de David, se levantaron y se fueron al medio junto con el resto de alumnos, formando así la clase que quedaba.

– Respecto al reparto de habitaciones, hemos pensado que este año lo elegías vosotros mismos mañana por la mañana en cuanto entréis en el edificio, gracias – Delamarte volvió a su sitio y ahora el que se levantó fue el director.

– Dos cosas que añadir – pausó –. Uno, al igual que cualquier centro, tiene una serie de normas que debéis de cumplir para poder convivir los unos con los otros. Quien no las cumpla, se verá sancionado – advirtió –. La lista de normas la tendréis mañana en vuestra habitación junto con el horario – pausó –. Y dos, os recordamos que los sábados y domingos, podréis ir a Michulles en horario de 9 de la mañana a 10 de la tarde, siendo ésta última prolongable hasta las doce solo en los días que se celebren festividades. Y si no hay nada más que añadir – el director miró a los profesores y todos le negaron con la cabeza –. Doy por concluida la presentación. Recodad que mañana tendréis un vehículo disponible para venir hacia aquí – pausó –. ¡Ah! ¡Se me olvidaba! Quiero hablar con David solo unos minutos en mi despacho, así que por favor, sígueme – miró a David fijamente.

No fue el único en hacerlo, ya que todo el salón le estaba mirando y a la vez cuchicheaban cosas de él. Así que David, que estaba bastante a cuadros por aquel llamamiento sorpresa, miró a Nicole antes de levantarse.

– ¿Nos vemos mañana? – Le preguntó David.

– Si, claro – respondió ella con una sonrisa en la boca.

– Haber en que lio me he metido ahora… – susurró David mientras se levantaba y a continuación bajó hasta la primera fila, justo en dónde se encontraba ya el director.

– Por allí – señaló el director a una puerta en la que David no se había fijado en ella, ya que estaba muy bien camuflada con la pared.

David agarró el pomo y entró en un pasillo idéntico al de antes, largo, vacío, con papeleros y muchas puertas, así que se apoyó en la pared para que el director pasase y así poder seguirlo hasta el despacho.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió, el director pasó a estar delante de él y recorrieron medio pasillo hasta que abrió una puerta, quedándose parado justamente al lado.

– Pasa, por favor –le indicó el director.

David entró en el despacho y se quedó algo sorprendido al ver que solo había una serie de estanterías repletos de inmensos libros de todos los colores y volúmenes. En el medio del despacho había una mesa con una serie de papeles desparramados encima y que estaban acompañados de un bolígrafo negro de tinta y que justo en los extremos, había dos candelabros encendidos que emitían una impresionante luz blanca. No había ni una ventana, ni un cuadro, ni una estantería con los trofeos del colegio, nada que tuviese un director normal, solo libros.

– Por favor, siéntese – le pidió amablemente el director.

David, que estaba mirando el despacho, avanzó hacia delante y se sentó en la vieja y destartalada silla de madera que había. En cambio, el director se quedó de pie justo en el otro lado de la mesa.

– No te he llamado para hacerte perder el tiempo, David – el director ordenó las hojas y a continuación se sentó en su cómoda silla de terciopelo rojo –. Solo quería hablar contigo a solas para comunicarte que serás el delegado de primero.

– ¡Venga ya! – Soltó David por sorpresa de todos, ya que odiaba ser el delegado de una clase. Ya le tocó con anterioridad y juro que no volvería a serlo, pero parece que su suerte ha cambiado –. ¿Por qué yo? – Preguntó David tras aquello.

– Porque conocí a tu madre, David. Más que conocerla, fuimos amigos, ya que estuvimos en la misma clase y acabamos trabajando los dos en lo mismo, en el ministerio… Hasta que decidí convertirme en profesor, momento en el que abandoné mi puesto, dejando a tu madre sola a cargo de todo el departamento… – pausó –. Si hubiese seguido un par de meses más… Quizás tu madre seguiría viva. Así que me siento culpable por lo que le sucedió, lo siento mucho – se lamentó el director.

Al principio, David sintió ira y descontrol al enterarse de ello, pero después razonó u pensó en que él no tenía la culpa, ya que no se podía predecir el futuro, o eso pensaba él.

– ¿Quién la mato? – Preguntó David.

– Ya hablaremos de ese tema más adelante. Solo puedo decirte que esa persona recibió su merecido – sentenció.

– Mi madre tenía telequinesis, ¿no? – Curioseó David.

– Tu madre era una chica excepcional que tenía muchos más poderes que la telequinesis, como la duplicación, la invisibilidad, la sanación y un largo etcétera – pausó –. Y creemos que tú también los tienes, por eso hemos tardado todos estos años en llamarte. Estábamos esperando a que crecieras para que fuese más consciente de tus acciones.

– Yo… – David no sabía que decir, estaba anonadado.

– ¡Y una cosa! Esto de lo que acabamos de hablar, de lo de tus poderes, no se lo puedes contar a nadie, ¿vale? No quiero que causes el pánico nada más llegar, ¿entendido?

David asintió.

– Y si te preguntan sobre qué familia eres, evita el tema, ¿quieres?

– ¿Vale? – Respondió David sin entender el por qué de eso.

– Y no te he elegido delegado pro el tema de tus poderes, sino por la actitud que tenía tu madre, que creo que también la tienes tú – le contó mientras le guiñaba el ojo –. Y no quiero hacerte perder el tiempo, así que ya te puedes marchar. Mañana encontrarás en tu habitación un papel sobre las normas que debe de seguir un delegado, además de los privilegios que eso conlleva – sentenció el director.

A David no se le ocurría que decir hasta que se levantó de la silla.

– Gracias… Y una pregunta, ¿cómo es que te entiendo hablar a la perfección? ¿No se supone qué estamos en algún lugar del mundo? ¿No se supone qué deberíamos de hablar en otro idioma?

– En cuanto pisáis la escuela, un hechizo surge efecto permanente en vosotros, pudiendo hablar en inglés sin que te des cuenta – le informó.

– Vaya… – David se quedó embobado durante unos segundos hasta que decidió irse –. Gracias por esta charla tan entretenida, señor director – David abrió la puerta y lo hizo mientras miraba por última vez al director –. Hasta mañana.

– Hasta mañana – le respondió.

David, que había salido hacia el pasillo con la mirada puesta en el despacho, se giró y se llevó una sorpresa al ver que estaba en… ¿Su casa? Así que rápidamente, volvió a abrir la puerta que había cerrado y se encontró con su habitación en vez de con el despacho, dándose cuenta al instante de que había sido teletransportado sin apenas darse cuenta.

– ¿David? ¿Cómo has llegado hasta aquí? – Le preguntó su padre nada más aparecer del salón.

– Yo… – Y a continuación le empezó a contar todo lo sucedido.

**Epílogo**